

---

### **Rolando Castellasso (vecino)**

**Llegada.** Mi papá vino acá al Barrio en junio del '43, un tiempo después de la inundación de ese año. Yo había nacido un año antes y toda la familia le tiró la bronca: "¿Cómo te vas a ir a un Barrio que se inunda?" Lo que pasa es que mi papá no tenía un mango, así que adonde podía ir: acá los terrenos eran baratos por el asunto de la inundación, y un alquiler en Arroyito valía tres veces más. Antes mi papá vivía en la casa del cuñado, Pasaje San Jacinto 568, pero se tenían un odio terrible: él era de la gente de Luciano Molinas y mi papá seguía la línea yrigoyenista. Así que en mi familia el único que votaba era mi papá, ya que su cuñado se llevaba las otras libretas y votaba por todos. Era una familia grande. Mi papá tenía cinco hermanos, y en esa época costaba mucho mantenerse, no había trabajo, era la famosa década del treinta. Y su cuñado tenía ese tipo de caudillismo. En vísperas de las elecciones del 37, mi papá era fiscal, en la esquina de Alvear y Güemes, y la gente de Molinas baleó a siete personas. Mi papá se salvó porque se metió en un boliche que había por ahí. Eso pasaba en esa época. Y mi papá vivía ahí. Así que tiempo después decidió mudarse a Empalme y yo me crié acá.

**El Barrio** Este siempre fue un Barrio recontra obrero. Un Barrio hermosísimo. Yo conocía mucho el Barrio porque cuando teníamos diez, doce años, con otros muchachos íbamos pescando ranas por todas las zanjas de Empalme. Nos conocíamos todo el Barrio. En ese tiempo, los domingos al mediodía, la gente comía el asado en la vereda. Todo muy tranquilo. La gente se olvidaba la bicicleta en la vereda, porque siempre había alguno que se emborrachaba, y a la mañana, cuando se iba a trabajar, pasaban y la bicicleta estaba ahí. Igual que ahora, ¿no? Mucha gente trabajaba en el puerto. Mi papá trabajaba en la Junta Nacional de Granos, a la que después entré yo, hasta que el vendepatria de Menem regaló todo: entré el 4 de marzo de 1965 y me retiré el 31 de diciembre de 1992. Y después mucha gente del Barrio trabajaba en la fábrica de bolsas Monserrat, mucha gente que trabajaba en la fábrica de aceite Santa Clara, fábricas que estaban pasando La Travesía. También estaba el aserradero de Ángel Muzzio, siempre al otro lado de las vías del tren.

A comienzos del cincuenta, el 85% de las casas de Empalme Graneros, incluyendo la mía, estaban rodeadas de tejidos grandes. Había muy pocas casas con tapiales. Y las primeras casas con tapiales las empezaron a construir algunos particulares que andaban bien y después con el famoso Plan Evita. Me acuerdo que mi prima, por un chalet que estaba pegado a la cancha de La Gloria, pagaba el valor de dos kilos de pulpa, y el Banco Hipotecario no se fundió por eso. Así que empezó a haber casas de material y también había muchas casillas. Y casas de ladrillos en barro.

La mayoría eran propietarios. Aprovecharon que los terrenos eran baratos por el asunto de la inundación y esa fue una de las causas por las que mi papá dijo: "No puedo ir a otro lado", porque nosotros no podíamos comprar, alquilábamos ahí enfrente de donde vivo yo ahora. Porque un alquiler en Arroyito valía tres veces más que acá y mi papá recién arrancaba, le costaba mucho. Está bien que yo era hijo único pero trabajaba él solo. En ese tiempo, las únicas mujeres que trabajaban lo hacían en Monserrat y en la Santa Clara.

**La Gloria.** El club La Gloria, en sus orígenes, se llamaba Oasis. Resulta que el señor José García Rey donaba los terrenos para si se le ponía ese nombre, porque él tenía un lugar que se llamaba "La Gloria". Y después, un par de años más adelante, el señor Manuel Caro, hermano de Osvaldo Caro, que fue jugador Chacarita y jugaba

acá en La Gloria, llegó a otro acuerdo: el club La Gloria era muy popular, ya que en el año 37 había salido campeón de la rosarina, así que se ofrecieron dos juegos de camisetas si le ponían Defensores de Chacarita. Pero acá le dijeron que no podía cambiar de nombre, ya que García Rey había donado los terrenos y no se le podía fallar. Pero las camisetas llegaron igual, así que quedaron esos colores. Los colores de Chacarita para el club La Gloria.

La Gloria fue sobre todo fútbol. Al principio tuvo bochas, muy poco. Y tuvo dos tipos extraordinarios que entrenaban a los boxeadores: Isidro Villarino y Antonio Cabo. Acá En el año 1950 se hizo en Rosario el campeonato sanmartiniano de box, en el Estadio Norte, y La Gloria sacó varios campeones: Osvaldo Ortolani, Ricardo Márquez, Ramón Esquivel, Oscar Lucero. De promotor de ese evento estaba Humberto Natale, una gloria de Rosario. Fue promotor Fidel Folch. Pero Fidel nunca le hizo caso. Peleaba el viernes, un día antes estaba en una quinta fumando. Nosotros íbamos a verlo, pero después del cuarto round sufríamos como locos. También hubo algo de básquet, pero más que como una práctica interna.

**La pasión.** Como mi casa estaba a treinta metros del arco de la cancha, mi papá me sentaba en la esquina del wing izquierdo, así me podía vigilar, y yo podía ver el partido. Ahí me hice tan fanático. No sabía nada, era un chico, pero siempre quería que ganaran los de camiseta de Chacarita y cuando veía otra camiseta me enojaba. Incluso hacían torneos internos, y uno de los equipos del club jugaba con camiseta blanca, así que después les decía vendidos, porque yo los conocía a todos. Me llevaban a todos lados. Me alzaban en el camión de Don Frontón y me llevaban. Un día Roberto Lavalle, que ya falleció, me estaba subiendo al camión y mi papá me agarró y me bajo, porque en La Florida y otros barrios sabía armarse unos líos barbaros. Una semana me dejó sin salir. Todos eran fanáticos así. El club era una parte nuestro. Y cuando se hacía una fiesta, las mujeres hacían empanadas, torta frita, de todo.

**Reflejos.** Los famosos bailes de Reflejos empezaron más a menos a finales de los años cincuenta. Y también hacían bailes de carnaval. Mira como es la historia. Para hacer los corsos, primero vinieron a La Gloria, en el cincuenta y pico, creo que durante la intendencia de Carballo. En esa época Juan José Paso era la única calle pavimentada para hacer los corsos, y La Gloria está sobre Paso. En la vecinal estaba Virginio Ottone, que era comunista, y como acá eran netamente peronistas no quisieron hacerlos. Yo andaba en la Subcomisión y me enojé con mucha gente en ese tiempo. Domingo Tomeo, Alberto Cordero y yo dijimos que sí en la reunión. Dimos el "sí", pero cuando llegamos a la esquina nos salieron al cruce dos señores y nos dijeron que si nosotros hacíamos los corsos junto con la Vecinal nos iban a boicotear el club, nos iban a hacer la vida imposible. Así que con todo el dolor del alma tuvimos que decir que no. Entonces qué pasó: se vieron en la obligación de hacerlo en Reflejos, en calle de tierra. Y ahí se levantó Reflejos.

Don Domingo Polichiso fue el alma de Reflejos. Y uno también los clásicos, que eran bravos. Y aunque soy de la contra reconozco que Reflejos tenía jugadores extraordinarios. Yo iba a ver los clásicos y aparecía en medio de ellos. Primero tenían la cancha en Juan José Pasos al fondo y pasaron a Olavarría, que en tiempo era calle Cullén, y Avenida Génova. Había gente de Reflejos que me adoraba, porque eso es algo que llevamos los rosarinos: reconocer a los que hacen las cosas bien. Porque un jugador, si jugaba bien, había que decirlo, por más que juegue en el equipo rival.

**Radioteatro y cine.** El radioteatro era popular en los años cincuenta. Y un montón de radios-novelas vinieron al club La Gloria. Era como un teatro. Una novela. Bernardo de Bustinza fue una de las compañías que vino. Y también existían proyecciones de cine al aire libre. Fue muy importante un señor que se llamaba Alberto Iturralde. Ese señor fue dueño del cine El Cairo, que se incendió y quedó en la lona. Pero había quedado vinculado con todas las grandes distribuidoras de películas. Con la que más trabajaba él era con la Pelmex, así que las de Cantinflas las vimos casi todas. Y también traía muchas películas italianas. De Víctor Mature, Vitorio Gassman.

Yo estaba en la Comisión, y a mediados de los años sesenta junto con el señor Alberto Cordero éramos los boleteros oficiales. Recuerdo que para que al club le saliera gratis hacíamos la calesita: había unas diez entradas que el portero no rompía y las volvíamos a vender. Todo para que nos saliera gratis. Dábamos cuatro funciones por semana: los martes, jueves, sábados y domingos a las 21 horas. Dos películas. Una de relleno y después otra más o menos buena. Los sábados y domingos hacíamos intercambios con el club Unión Americana. La película que daba Unión Americana el domingo, la dábamos nosotros el sábado. Y la que nosotros dábamos el domingo, ellos la daban el sábado. Y se pagaba solamente una, una trampita que nos permitía el señor Iturralde, porque cuando ibas a porcentajes no había problemas. Pero la Paramount tenía un inspector, que venía con un relojito a controlar cuantas entradas vendíamos. Una noche algunos miembros de la comisión entraban y salían con sillas y mesas, y resulta que este señor los marcaba. Claro, cuando hice el recuento me faltaban entradas. Entonces lo llamé y dije: “Escúcheme, yo quiero que usted me entienda. Esta y esta otra persona no se quedan quietos nunca, así que no me los marque”.

Primero teníamos un telón para pasar las películas, así que cuando había viento no se podía ver. Tiraban un tiro y parecía que nos tiraban a nosotros. Y metíamos más o 200 sillas. Después compramos 100 más. Pero con *El padrecito*, una película de Cantinflas, metimos más de 400 personas. Se sentaban arriba de los cajones de cerveza. Como era al aire libre, cuando terminábamos guardábamos las sillas en el foso, abajo del escenario. Todas las noches igual. Y hubo parejas que se conocieron en el cine de La Gloria.

Acá tuvimos la suerte de tener gente con mucho olfato. Gente que veía que cosas rendían. En la época que era el cine, el cine; en la época de los bailes, hacíamos baile. Y también se tironeaba con todo lo que se podía, con festivales, se hacían comidas. Hugo Bruschini fue siempre muy amigo de hacer comidas, porque la gente respondía: venía, comía y luego se bailaba. Y más sobre los años 80 vino la época del billar y de la timba, que por más que no le guste a nadie, el club pudo hacer un montón de obras gracias a la timba. En ese entonces había que pedirle permiso al jefe de la policía para que nos deje jugar a los dados.

El club además siempre estuvo abierto para cualquier manifestación decente que se hiciera. Ya sea que se ha prestado el salón por el tema de las inundaciones o para reuniones por la inseguridad. O está siempre a disposición de las escuelas o los partidos políticos. Empalme Graneros no tenía muchos salones en esa época, así que el presidente, el Chiva Fernández o quien estuviese, prestaba las instalaciones para que se hagan las asambleas de los distintos partidos. Era la época en la que volvió la democracia y asumió Alfonsín.

**Legado.** Este club se distinguió siempre por ser muy familiar. Cuando se perdieron las familias, se perdió la gran cantidad de gente que teníamos. Aparte nosotros nos

íbamos tarde del club y hoy es medio difícil andar por la calle a ciertas horas de la noche. Eso ha cambiado mucho. Mi viejo me enseñó una cosa que no me olvido. Una vez, jugando en el pedazo de cancha que había quedado, se perdió una pelota de goma. Así que cuando se fueron todos, la busqué y me puse a patear debajo de la galería de mi casa. Al rato vino mi papá, que estaba en el café de La Gloria, y le preguntó a mi mamá si me había dado plata para comprar esa pelota. Y ella no me había dado nada, así que me encaró: “¿De dónde sacaste esa pelota?” “La encontré”. ¿La encontraste? ¿Y vos sabes quién es el dueño”. “Sí”. “Bueno, eso es robo. Mañana vas y la devolvés”. Eso me quedó para siempre.